

administración: ajuares domésticos, tejidos, objetos artísticos, exóticos y ornamentos litúrgicos. Es en este punto donde el intercambio cultural se convierte en cultura con identidad propia y singular, donde se manifiesta su influencia en los lugares de destino y, efectivamente, el lugar donde las ideas de uno y otro lugar se funden para dar paso a un arte nuevo y diferente, como en el caso del nambam y su influencia en las artes plásticas novohispanas.

Por último, en todos los viajes hay unos objetos más preciados que otros. En el caso del comercio con Oriente a través del Pacífico, eso se tradujo en el nacimiento de unas importantes colecciones reales y particulares que cuentan en España con testimonios singulares como los fondos conservados en el Museo de América, el Museo Nacional de Antropología, el Museo Naval o el Museo Nacional de Artes Decorativas.

En definitiva se trata de un viaje que se inició en las lejanas aguas de Manila pero que no finaliza en el puerto de Cádiz, se continúa a través de estudios e investigaciones como la realizada por Ana Ruiz Gutiérrez rastreando objetos, personas e ideas. Unos y otras no solo superaron mares y océanos, amplias distancias y territorios, sino que también transitan por nuestra historia.

Juan M. MONTERROSO MONTERO
Universidad de Santiago de Compostela

GUTIÉRREZ VIÑUALES, Rodrigo, *Manuel Ángeles Ortiz. Memoria de la Argentina*, Diputación de Granada, Granada, 2017, 235 pp. I.S.B.N.: 978-84-780-7499-0.



¿Quién fue en Argentina Manuel Ángeles Ortiz? Esta es la pregunta que, desde un principio, se plantea en esta monografía. Se nos presenta a partir de un riguroso

esquema cronológico que, lejos de encorsetar el texto, lo fija dentro de las coordenadas discontinuas a las que hacer referencia. Este marco temporal, elaborado a modo de diario escrito pasados los años, sin la inmediatez que tendrían las reflexiones redactadas en presente de su propia mano, nos sitúa como lectores ante un relato fragmentado semejante a la experiencia vital de este artista granadino. Efectivamente, el principio metodológico a partir del que está escrito el texto, asumido de un modo consciente por el autor, supera la mera cronología documentada que, en un principio, podría parecer.

De hecho, escondido tras el amplio relato argentino, este libro nos presenta los avatares iniciales de Manuel Ángeles Ortiz en Granada, sus tertulias en el Café Alameda, su relación con Federico García Lorca, Manuel de Falla, Ismael González de la Serna o Ángel Barrios. También se recoge en esta parte inicial, su participación en las Misiones Pedagógicas, su experiencia en París, en el Pabellón Internacional de París de 1937, su vínculo con la Alianza de Intelectuales Antifascistas y, por supuesto, su detención en un campo de concentración francés y su posterior exilio; primero en Francia, más tarde en Argentina. Del mismo modo, el libro concluye con un epílogo sobre la fortuna crítica del pintor tras su última estancia en Argentina. Estos dos capítulos determinan el carácter biográfico del texto como un armazón sobre el que poder disponer todas las reflexiones históricas, estéticas y de análisis plástico precisas para convertirlo en un modelo de aproximación a una(s) etapa(s) singular(es) en la vida de Ángeles Ortiz.

El trabajo cuenta con otro elemento a tener en cuenta y valorar. Con una clara intención de análisis crítico y, sobre todo, con la vocación documental de poder construir la imagen de Manuel Ángeles a través de textos, relatos y documentos de diversa índole, este trabajo aporta una visión complementaria al acercarnos su figura y trabajo a través de las palabras y las experiencias recogidas en la otra orilla; es decir, existe una intención declarada, fructífera y enriquecedora de introducir «una mirada más argentina» sobre su obra. Una senda que aspira a ser acicate para otros autores que puedan ampliar en su momento las perspectivas construidas a este lado del océano Atlántico.

Como ya se ha señalado, el resto de capítulos del libro se nos presentan como un relato biográfico, de precisa exactitud cronológica, de las estancias argentinas del pintor. Si en un principio Buenos Aires era solo una etapa de paso camino de Chile, etapa que se haría permanente, el período de 1940 a 1944 estará marcado por la revista *Saber vivir*, un proyecto editado por José Eyzguirre y Alberto Lagos. De estos años son ilustraciones donde el lenguaje publicitario se mezclaba con códigos surrealistas, con abundantes representaciones de la naturaleza, cargadas de elementos oníricos, sensuales y emocionales. En esos mismos años, entre 1941-1942, comienza sus series patagónicas, marcadas por la seducción que causó en Ortiz aquel territorio, en especial, lagos como el Nahel Huapí o el Mascardi. Como ha señalado Bonafé, son series las que la representación precisa

y minuciosa de la naturaleza se sumerge en un ambiente «sombrio y fantasmagórico», cargado de texturas y contrastes lumínicos. A series como las de *A campo abierto* le seguirán *Las aventuras de Celendín* o la ilustración de *Patagonie* de Roger Callois.

Esos años, posteriores a su exilio, marcarán el perfil del Ángeles Ortiz «argentino», período que discurre entre 1943 y 1945. Se inicia con la exposición en el MoMA de Nueva York, le siguen sus *Construcciones*, las primeras exposiciones en las Galería Müller y Fanning, las series de lunas y nuevas exposiciones. Es el momento en el que aborda la construcción de sus objetos surrealistas a partir de restos orgánicos fosilizados encontrados a orillas de los lagos patagones. Con ellos se acercará a la abstracción, manteniendo la capacidad sugestiva de la textura, de las formas, los volúmenes y el color. En la prensa se llega hablar de «poemas plásticos», cargados de «misterioso y recóndito sentido religioso», de «figuras totémicas» y de «paisajes dentro del paisaje». También es el período de paisajes más realistas y bodegones como la *Naturaleza Muerta* de 1945, donde la evocación de Magritte, como antes la de Ángel Ferrant, se hace patente.

Esa condición de «argentino» adquirida por Ortiz hace que Arturo Serrano Plaja le dedique su primera monografía en 1945, a la que le sucederían los ensayos de Romualdo Brughetti, pieza clave para construir este entramado cronológico dedicado a Ángeles Ortiz.

Los años de 1946 a 1948 supondrán el momento de recoger la cosecha de triunfos y reconocimientos sembrados con anterioridad. No sin vicisitudes personales, es el momento de su tercera exposición en la galería Müller, de la retrospectiva de la Galería Viau y de su regreso a Europa.

Dicho regreso no es una ruptura, los lazos establecidos con fortaleza en la década anterior, se mantendrán firmes hasta su última estancia argentina entre 1955 y 1957. Son años de reencuentros, de nuevos reconocimientos y, en el caso gallego, de aproximación de artistas como Luis Seoane.

En definitiva se trata de un trabajo que ilustra, completa y, sobre todo, analiza la obra argentina de un artista granadino en una etapa poco estudiada por nuestra historiografía. Es bueno hacer, de vez en cuando, memoria desde otras orillas.

Juan M. MONTERROSO MONTERO
Universidad de Santiago de Compostela